

La abstención se ubicó en 52,11 %

Elecciones en Colombia: apuesta por la paz

Javier Contreras, s.j.*



EFE

Con la reelección de Juan Manuel Santos la sociedad colombiana decidió apostar por la paz, teniendo en cuenta que el principal aval de su candidatura fue la firme intención de continuar con el proceso de conversaciones que, desde noviembre del 2012, su Gobierno mantiene con representantes de las FARC en la Habana, Cuba

Durante los dos meses previos a las elecciones, la sociedad colombiana se polarizó en torno a las propuestas que realizaron tanto Santos como Zuluaga. Comprometerse con la negociación, asumiendo las dificultades propias de tal empresa, fue el rasgo más característico de la campaña del presidente Santos, mientras que Zuluaga se mostraba reticente ante la viabilidad y posibles alcances del proceso de paz que adelanta el Gobierno.

Bien definidos los roles respecto al que se convirtió en el *gran debate* de la campaña, ambos candidatos exponían lo que viene siendo parte fundamental del dilema colombiano: ¿cómo relacionarse con un conflicto interno que a medida que ha mutado en el tiempo ha sido oportunidad para que algunos sectores afiancen su posición de poder, mientras que para otros ha significado desplazamiento, miedo y muerte?

¿CÓMO VOTARON LOS COLOMBIANOS?

El 15 de junio Juan Manuel Santos fue favorecido con 50,95 % de los votos, en detrimento de Óscar Iván Zuluaga, quien obtuvo 45 % de los sufragios. En los distintos consulados colombianos alrededor del mundo la opción de Zuluaga, con 57,80 % fue la ganadora. Importante fue el resultado en Venezuela, donde el Presidente reelecto se impuso con 52,62 %.

El registro de potenciales votantes es de 32 millones 975 mil 158, de los cuales participaron 15 millones 794 mil 940, lo que ubica la abstención en 52,11 %. Elevada cifra si se toma en cuenta que no fue una elección más. Se decidía, como en pocas ocasiones, cómo situarse ante el conflicto y sus efectos.

En este contexto ha de entenderse la dimensión de los resultados electorales, asumiendo que la *aprobación inicial* que obtiene el proyecto de diálogo y pacificación del gobierno de Santos, aun cuando legítimo y esperanzador, no representa un claro consenso nacional. La victoria de Santos, lejos de ser un *cheque en blanco*, simbo-

liza el gran anhelo de millones de colombianos, al mismo tiempo que recuerda que casi la mitad de los habilitados para votar dieron un sí a medias, o dijeron no a la ruta de la negociación.

REELECCIÓN: CUATRO AÑOS PARA NEGOCIAR

El periodo de gobierno 2014-2018 será un test para la fortaleza institucional del Estado colombiano. El triunfo electoral de Santos representa una oportunidad para contrarrestar el peso del personalismo político que se había acentuado con la figura de Álvaro Uribe, cuyo proyecto político-social, representado nominalmente por Zuluaga, fue derrotado.

Negociar como parte del *juego* político, sin que esto sea tomado despectivamente, es necesario para un gobierno que se entienda como parte de un sistema, alejando, por honestidad o por criterio de realidad, la tentación de sentirse *dueño* del Estado y actuar en consecuencia. Escuchar a sectores que le adversan, abrirse a las alianzas y eventualmente ceder en alguna de las pretensiones particulares, ha sido postura de la administración Santos. Dichos elementos se harán más notorios en este nuevo periodo.

COLOMBIA ANTE EL MUNDO

En un mundo globalizado e interconectado los conflictos internos de un país tienen obvias consecuencias en sus vecinos y en sus socios, por lo que desde hace mucho tiempo la posibilidad de establecer condiciones de paz en Colombia se ha convertido en una necesidad compartida.

No se puede olvidar que así como fronteras adentro hay quienes se han lucrado y se continúan lucrando con el conflicto colombiano, en el concierto internacional sucede lo mismo, por tal motivo no hay lugar para la ingenuidad respecto a la intención de ciertos países que desde lo discursivo fijan posición a favor de la paz, pero desde su accionar obtienen beneficios económicos de la situación, convirtiéndose en actores periféricos. Es el papel de quienes venden armas, compran y venden drogas o apuntalan monopolios comerciales sostenidos en la base del desplazamiento, la extorsión y la corrupción.

Existe ambigüedad en la forma de relacionarse con el caso colombiano, es un hecho cuyo catalizador es el interés económico-político de los Estados que interactúan, de diversas maneras, con Colombia. Reconociendo las múltiples valoraciones que pueden hacerse sobre el impacto del conflicto colombiano, se puede tener un panorama amplio que otorgue realismo en cuanto los niveles de compromiso asumidos por terceros para colaborar con la llegada a buen puerto de las negociaciones entre el Gobierno y representantes de la guerrilla.

CARACAS-BOGOTÁ

Actualmente se puede decir que las relaciones binacionales se encuentran en un *buen momento*, circunstancia ratificada por la actuación de la canciller colombiana, María Ángela Holguín, en el ahora *congelado* proceso de diálogo entre el Gobierno venezolano y los representantes de la oposición política nacional. También es destacable la disposición de Venezuela para ser un tercero de buena fe en los distintos acercamientos entre el Gobierno colombiano y miembros de la guerrilla.

Con el éxito electoral de Santos se augura cierta estabilidad en las relaciones entre los dos países, llegando incluso a pensar en la consolidación de estrategias dirigidas a incrementar la influencia mutua en ámbitos comerciales y proyectos de seguridad en la zona fronteriza compartida. Esta posibilidad depende, en buena medida, de la capacidad de cada gobierno para que su par no forme parte de la alegoría polarizada de las dinámicas internas.

A partir de ahora se disminuye el margen para el establecimiento de responsabilidades más allá de las fronteras. En una atmósfera de sana convivencia los gobiernos pueden optimizar los resultados de su relación, decantándose por el trabajo común en las áreas de mayor sensibilidad.

MOMENTO PARA EL APLOMO

Conseguir la meta deseada requiere de la participación de los aliados políticos del gobierno de Santos, sus adversarios y detractores, los miembros de las guerrillas y carteles del narcotráfico, de la sociedad colombiana, así como de la acertada labor de los países que bajo la figura de terceros de buena fe u observadores internacionales, forman parte del proceso de negociación.

En un escenario con tantos actores es vital mantener un equilibrio en el que las aspiraciones y compromisos de las partes no inclinen la balanza, a manera de imposición, hacia ningún interés grupal que atente contra la posibilidad de lograr acuerdos que beneficien al país en general, y en particular a los más perjudicados como son los campesinos, desplazados y pobres, quienes han sido víctimas físicas y morales en este conflicto.

Es conveniente mantener presente la envergadura del impacto que el conflicto ha tenido en todas las capas de la sociedad, dejando en ellas distintas improntas. Lo que se está poniendo a prueba es la capacidad de un Estado y de un gobierno para reconstruir un andamiaje institucional-jurídico en el que la sociedad colombiana sea la verdadera protagonista y no se convierta en una arista más de reformas que no la abarcan integralmente.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.